



DOSSIER

Conversaciones literarias en la frontera. De proyectos estéticos y escrituras de autor.

1 **Presentación** a cargo de Raquel Alarcón y Carmen Guadalupe Melo.

2 **Carmen Santander**
De territorios y fronteras...el devenir de una literatura territorial.

3 **Mercedes García Saraví;**
Natalia Aldana y
Angélica Renaut
La vanguardia en los bordes. El grupo triángulo.

4 **Natalia Aldana**
El relato de orilla(s) de Juan Enrique Acuña.

5 **Carla Andruskevicz**
Pasajes territoriales. Raúl Novau,
encrucijadas autorales-literarias-
animalarias.

De territorios y fronteras... el devenir de una literatura territorial

Territories and borders... becoming a territorial literature

Carmen Santander¹

Resumen

En este artículo nos proponemos desplegar el itinerario y las constelaciones que orientaron nuestras investigaciones de los últimos años sobre el territorio literario y cultural misionero. Las dimensiones y segmentaciones que se ponen en funcionamiento en las operaciones de lectura en las que estamos comprometidos nosotros mismos, las hemos pensado como un territorio identitario(s) con fronteras móviles, como un lugar de la cultura en tanto zonas de transacción, negociación y pasajes perpetuos. Pensamos que resultaría pertinente argumentar sobre la situación cultural compleja, desde la interculturalidad y no desde una mirada homogeneizadora y monológica; esto nos brindará la oportunidad de reflexionar acerca de los desplazamientos, despliegues y repliegues de los proyectos creadores y de la dinámica de la vida cotidiana en relación con el desglose de un espacio geográfico-cultural.

Palabras clave: Territorio, discursividades literarias, interculturalidad, crítica.

Abstract:

At this article we propose to display the itinerary and constellations that guided our research in recent years on Misiones' literary and cultural territory. We have thought reading operations we are committed with –their dimensions and segmentations– as an identity(ies) territory with mobile borders, as a place of culture understood as a zone of transaction, negotiation and perpetual passages. We think it would be relevant to argue about complex cultural situation, from an intercultural conception and not from an homogenizing and monological gaze; this will give us an opportunity



Universidad Nacional de Misiones

to reflect about the movements, deployments and redeployments of creative projects and the of everyday life dynamics in connection with the breakdown of a geographical-cultural space.

Key words: *Territory, literary discursivities, intercultural, criticism*



Universidad Nacional de Malones

Carmen Santander

¹ *Doctora en Letras Modernas, Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC. Profesora Titular Exclusiva de las Cátedras Teoría y Metodología de la Investigación I y II del Profesorado y la Licenciatura en Letras. Directora del Proyecto de investigación Territorios literarios e interculturales. Archivos y constelaciones autorales en diálogo. Facultad de Humanidades y Cs Sociales, UNaM. Correo electrónico: carmenm_santander@hotmail.com*

Cuando hace más de veinte años iniciamos estas reflexiones en torno a la literatura misionera, revisamos la bibliografía existente en el escenario teórico nacional e internacional. Sin desconocer aquellas posiciones esgrimidas por investigadores de diversos lugares, nos detuvimos en las concepciones (teóricas e ideológicas) presentes en las investigaciones desarrolladas en Argentina y en el hacer crítico latinoamericano para desde allí revisar los problemas específicos de una territorialidad literaria y cultural particular, tarea que supuso además un posicionamiento crítico que siempre se interrogara sobre la actividad ubicándola y reubicándola.

Esta posición crítica consideró y aún hoy considera que en la cultura en general y en las prácticas literarias y discursivas en particular no hay puntos de origen por buscar o puntos privilegiados que por ello se imponen; en esta territorialidad de lenguaje todo afecta a todo, y por ello resulta más útil crear un lugar de entrada que ponga en escena y que otorgue visibilidad a los procesos por los que los territorios literarios, autorales, entre otros, se van configurando. Con esto queremos destacar que no sólo pensamos en los textos literarios sino también en aquellas discursividades a veces llamadas periféricas por la crítica (notas periodísticas, entrevistas, reflexiones del escritor, cartas con editores y lectores, y otras materialidades textuales), que brindan a la interpretación relaciones muy productivas ya que hacen visibles las interrelaciones múltiples de los proyectos creadores, al tiempo que evitan que el investigador caiga en posiciones dualistas entre lo interno/externo o lo literario/extraliterario.

El crítico/investigador sería entonces, para nosotros, un sujeto que no puede permanecer aislado; es socialmente partícipe del mundo, de las conversaciones y diálogos en ese mundo que –al mismo tiempo– promueve múltiples juegos de lenguaje. Además, no deja de atender a las tradiciones, mientras intenta superar la aplicación de moldes y estructuras en corpus y cánones de literaturas, para reconocer que hay prácticas sociosemióticas heterogéneas, con mestizajes e historias culturales diversas.

Por ello nos interesa en esta oportunidad trazar un itinerario y recomponer una cartografía a partir de algunos de los trabajos realizados en los que he-

mos asumido la enunciación *desde* y *en* una perspectiva territorial para decidir por nosotros mismos qué se incluye y cómo se incluye, siempre desde una concepción que permite la recursividad. Porque para que haya un campo de estudio consideramos que resulta inescindible de su composición el abordaje de diversas constelaciones, con sus fuerzas, sus tensiones, sus conflictos y sus dinámicas, que encuentran siempre nuevas y cambiantes conexiones y no presuponen una totalidad. Por tanto, estas investigaciones, poseen un dinamismo que va tomando cuerpo precisamente en las líneas de fuga y al mismo tiempo encuentran conexiones que instalan diálogos, configurando de este modo territorios autorales, de la palabra, territorios del tiempo y el espacio cultural...

Ahora bien, es insoslayable que la herencia romántica, el positivismo, el neopositivismo cientifista y las teorías verificacionistas de fines del siglo XIX y gran parte del siglo XX han marcado muy fuertemente la orientación en el campo de los estudios sociales en general y en el campo de la lingüística y de la literatura en particular. Pensamos que esa situación ha escamoteado la posibilidad de diálogo y de conversación, porque lo que interesa investigar está sesgado por las operaciones propias de la demostración –es válido si las proposiciones presentadas son verdaderas o falsas– antes que orientado a la construcción de las estrategias de una escritura argumentativa, y aún más, de redescripciones (en un sentido no meramente descriptivo dado que involucra el lugar, el discurso y el léxico del crítico) y de usos de lenguaje que otorguen una identidad escritural. Por lo tanto, esto significaría asumir que la preocupación escapa a la hipótesis, a la certeza, a la verdad en el conocimiento, y se desplaza hacia un sentido relacionado con el uso, la utilización que se hace de los enunciados, de los textos y de los discursos. Es, entonces, poner la mirada en un corpus que posee capacidad de intervención en el campo cultural.

Por otra parte, es recurrente la insistencia en la búsqueda de la identidad, desde la postmoderna y central enunciación, con una mirada hacia lo periférico y en torno a la *diversidad cultural*¹ sin que se haga carne. Sin embargo, la declamación es nada más que una pincelada para proponer modos de



cómo se debiera sostener prácticas lingüísticas, intelectuales y sociales en un contexto de relaciones interculturales.

Ante este panorama, cuando nos referimos a la identidad en nuestras investigaciones no la entendemos como una unidad ya que esto implicaría concebirla desde la invariancia substancial. Para nosotros, la identidad se reconoce como un sistema de transformaciones, de heterogeneidades, como la reivindicación por mantener la distinción, de no ser confundidos, pero más aún: no ser absorbidos; allí se encuentra la lucha para sostener la pluralidad y la interculturalidad, ese es el combate.

La sociedad latinoamericana es fuertemente heterogénea y la cuestión de la identidad no es un mero dato empírico, sino un signo que aspira a convertirse en un proyecto y quizás en una utopía, porque así como la identidad latinoamericana es una aspiración, la(s) identidad(es) misionera o regional fue una aspiración y seguirá constituyendo una utopía en esta época de globalización y fragmentación.

Todo lo enunciado nos permitiría profundizar en las relaciones de identidad(es) constituyentes de la configuración de una cultura nacional y, en nuestra investigación, nos abriría una línea de fuga, senda para observar las relaciones de identidad(es) configurativas de la cultura misionera. No obstante, esta posición ocultaría, desde nuestra perspectiva, las verdaderas relaciones del colectivo identitario y político de la sociedad nacional, porque abre un espacio para la sospecha sobre la existencia de estigmatizaciones respecto a determinadas identidades colectivas regionales; a la par de la difusión de nuevas desacreditaciones culturales sustentadas en estereotipos de distinta índole. La sospecha se acentúa cuando se analizan los afanosos discursos proferidos para indicar el reconocimiento de la diversidad que profundiza su discriminación desde la marca que deja la tolerancia y que interpreta a la subalternidad.

Ante este aparente estado de cosas, resulta conveniente intentar un acercamiento a determinadas fuentes que han reflexionado sobre la configuración de las identidades individuales y colectivas. Marc Augé expone sus reflexiones acerca de los lugares y su constitución a partir del reconocimiento de que:

Las colectividades (o aquellos que las dirigen), como

los individuos que se incorporan a ellas, tienen necesidad simultáneamente de pensar la identidad y la relación y, para hacerlo, de simbolizar los constituyentes de la identidad compartida (por el conjunto de un grupo), de la identidad particular (de tal grupo o de tal individuo con respecto a los otros) y de la identidad singular (del individuo o del grupo de individuos en tanto no son semejantes a ningún otro)... (Augé, 1996: 56)

El espacio cultural constituye un lugar en el que se transita por todos los avatares y vicisitudes que dan cuenta de las prácticas sociales individuales en torno a la aceptación de que los lugares se configuran en relación con los rasgos comunes de relationalidad entre identidad (identidad individual, identidad colectiva) e historicidad.

Y al sostener el tópico de la identidad sociocultural relacionada con el enclave del lugar estaríamos compartiendo aquel enunciado de Roberto Cardoso de Oliveira cuando plantea:

Al añadir al término identidad la expresión 'sociocultural', estoy indicando que vamos a examinar un fenómeno de cuya inteligibilidad no podemos dar cuenta sin contextualizarlo en el interior de las sociedades que lo albergan. (Cardozo de Oliveira, 2001: 10)

Dicho de otro modo, no basta con avanzar en nuestra investigación en una serie de disquisiciones teóricas acerca de la identidad y definir la identidad de este territorio; sino que resulta más consistente el pensar e indagar en la densidad de las condiciones culturales en las cuales se realizan las prácticas y las producciones culturales.

Por lo tanto, es posible comprender el proyecto literario-intelectual de un autor desde la construcción y re-construcción de un léxico que describa y re-describa el lugar cultural y social en el que adquieren sentidos las actuaciones y tramas discursivas del proyecto creador, en las redes configuradoras de itinerarios, trayectorias y posicionamientos relacionales respecto a otros individuos y a otros lugares.

El concepto de lugar, en el sentido que aquí se otorga al término, permite señalar, entre otros aspectos, que el hombre nace en un espacio, en el cual va construyendo su itinerario con los cru-



ces de relaciones de coexistencia; y es allí donde va dibujando su nombre propio. En este sentido, trabajar en un proyecto intelectual supone transitar un *territorio*; un territorio desde lo intelectual literario, pero con una preponderancia del posicionamiento estético, político e ideológico que de ningún modo se pretende soterrar. Así, es posible identificar las dificultades del intelectual para inscribirse y apropiarse del lugar desde donde hablar al público y reconocer que se es de éste o de aquel lugar “porque esa identidad está ligada a una tierra cuyas fronteras siempre imaginarias, dibujan una escritura” (Achugar, 2000).

Cabe aquí el interrogante, ¿cómo configurar un corpus con sujetos, prácticas e itinerarios intelectuales y culturales que transitan en una semiosfera ajena a los que definen e inscriben los orígenes y las genealogías literarias, sin que el crítico reedite las dicotomías de la modernidad?. En este último enunciado se presenta la primera dificultad para modelar un corpus de trabajo; ese obstáculo surge y cobra auge durante el Romanticismo europeo, momento en el que comienzan las designaciones de literatura nacional y literatura regional, en obvias alusiones a un estado sociohistórico que permite que emerjan por los procesos de constitución de estados regionales y nacionales. La alternativa estaría en la reubicación o relocalización del investigador en el devenir de un territorio cultural y de su interpretación como una mirada que está convencida, en primer término, de la imposibilidad de establecer generalizaciones para toda América Latina; en segundo término, en la aceptación de que desde su lugar de enunciación –el territorio misionero– no debe buscar esencias y centros únicos que establezcan una lógica binaria entre lo nacional/regional/territorial, sino atender a las prácticas sociosemióticas como paquetes significantes contingentes.

En este sentido, el crítico uruguayo Hugo Achugar sostiene:

La lectura ha sido y sigue siendo un modo de pelear por el control de los significados. La lectura ejercida por los críticos ha sido, fundamental aunque no únicamente, un modo de construir, destruir o preservar tradiciones. Y la tradición, ya lo sabemos, es el discurso de la memoria que se realiza desde

el poder, tanto el hegemónico como el subalterno. (Achugar, 1997: 14)

La literatura en tanto devenir en territorio se rige por relaciones de continuidad y ruptura con respecto a la literatura general; pone en discusión el “Parnaso fundacional de la literatura” –según Achugar– porque rompe con la razón monolítica de los padres fundadores y se configura desde esa perspectiva en lo otro, lo de allá –nosotros diríamos lo de *allá ité*– que rompe con todo orden y legalidad y en su devenir se cae del canon de la literatura argentina.

Por esto que enunciamos es que incursionamos en una nueva relación de la constelación conceptual acerca de la calificación de *regional* asignada a nuestra literatura –siempre leída en el marco de la literatura nacional–; en ese sentido pensamos que la crítica no encontró o no pudo encontrar un argumento que sostuviera la delimitación y lo reduce de este modo a través de Pedro Luis Barcia cuando se refiere a región y provincia:

Aunque los conceptos de región y de provincia no se identifiquen en nuestro país –salvo quizá el caso de Misiones que por sí misma agota una región–, pues nuestras regiones son supraprovinciales, las cuestiones que plantean sus derivados provincialismo y regionalismo (sic) son las mismas, en cuanto a actitudes, prejuicios, etc. (...) (Barcia, 2004: 35)

Si bien posteriormente deslinda *región natural* de *región cultural* –y sostiene que le interesa la región cultural–, para el caso que nos ocupa pareciera una paradoja: se ata a la delimitación en términos jurídicos y políticos –Provincia que es región– pero cuando incorpora región cultural con elementos que la homogenizan como los tópicos y formas de paisajismo, costumbrismo, pintoresquismo, nativismo e indigenismo, no formula un argumento en relación con este territorio2. Como se advertirá aquí, en esta interpretación se pone en juego la cuestión del *canon de la literatura argentina*, debate inexcusable y sobre el que existe una multiplicidad de perspectivas desde las discusiones de Borges –“El escritor argentino y la tradición”– con Lugones y Ricardo Rojas –autor de la “primera gran Historia de la Literatura



Argentina” –, pasando por Piglia –en una conferencia dedicada a Saer– y César Aira en el ensayo “Exotismo”³, entre otros; ahora bien, esta cuestión requeriría de un ensayo dedicado exclusivamente a esta dimensión en el cual se revisen los instrumentos y operaciones de lectura para no caer en la univocidad de una linealidad naturalizada y sí se desplieguen los interrogantes con las discusiones que existieron durante todo el siglo XX y que hoy continúan.

Pero volviendo a la posición enunciada por Barcia debemos decir que resulta sumamente recurrente en diversos sectores de la crítica literaria; este es un hecho llamativo cuando sabemos de la *situación del escritor misionero* –según Marcial Toledo– en universos culturales complejos y al mismo tiempo conocemos las reelaboraciones y resignificaciones que se dan en los debates actuales. Ante este panorama, nosotros sostenemos que las relaciones culturales en tanto procesos de hibridación y heterogeneidad requieren de una mirada atravesada por el análisis semiótico y cultural de este lugar de transacción y circulación de signos, cuyo dinamismo es singular. Posiblemente aquella perspectiva calificadora esté centrada en un análisis temático y estilístico intratextual y no advierta que lo que se llamaría pintoquesquismo o paisajismo sea algo más... sea la materia para hacer visible la percepción del poeta o del narrador en la comprensibilidad del mundo, de creación e inscripción de una memoria social. En esta deriva, vienen a colación las palabras de Deleuze:

Escribir, creo, es siempre devenir algo. Pero por esa misma razón uno tampoco escribe por escribir. Creo que uno escribe para que algo de la vida pase en uno. Sea lo que sea, hay cosas que... uno escribe para la vida. ¡Eso es! Y uno deviene algo; escribir es devenir. Pero es devenir lo que uno quiera, menos devenir escritor. (Deleuze, 1996)

Escribir, entonces, permite empujar el lenguaje hasta lo impensable, con el paisaje y el principio relacional; esto es, la interrelación como clave y mecanismo para leer los fenómenos sociales y culturales. Es, entonces, un tiempo de recordar; pasado y presente en un torbellino; un hacerse presente y al mismo tiempo deambular. Allí donde

los estereotipos del recuerdo –que no son los que se pretenden analizar– actúan como dispositivos que construyen, contestan y refutan, para desplazarnos por los segmentos y formas diversas que adquiere la noción de territorio –y en cuyo seno se desplazan maquinarias que establecen posibles conexiones constelacionales sin centros y sin clausuras–, es donde la discusión sobre la territorialidad cultural misionera vuelve a encontrar una línea de fuga y al mismo tiempo una orientación que conlleva insistentemente el repensar las prácticas críticas.

Desde allí, precisamente, proponemos una mirada que nos aproxime a la trama de un sistema cultural complejo cuya contingencia apela al desplazamiento de un *agenciamiento colectivo de enunciación*: el de literatura regional hacia el de territorio cultural, territorio misionero y tantos otros posibles de enunciar.

Un agenciamiento en su multiplicidad actúa forzadamente a la vez sobre flujos semióticos, flujos materiales y flujos sociales (...) Ya no hay una tripartición entre un campo de realidad, el mundo, un campo de representación, el libro, y un campo de subjetividad, el autor. Un agenciamiento pone en conexión ciertas multiplicidades pertenecientes a cada uno de esos órdenes (...) (Deleuze-Guattari, 2002: 27)

El agenciamiento *es en primer lugar territorial* (Ob.Cit.: 513) y su primera tarea será *crear*, no descubrir, un territorio crítico.

El territorio puede ser relativo a un espacio vivido, así como a un sistema percibido en cuyo seno un sujeto se siente “en su casa”. El territorio es sinónimo de apropiación, de subjetivación encerrada en sí misma. El territorio puede desterritorializarse, esto es, abrirse y emprender líneas de fuga e incluso desmoronarse y destruirse. (Deleuze,G.; Rolnik,S., 1996: 372)

Por lo tanto, es en ese juego de creación y conversación sin un punto único o estructura arborescente, donde pensamos, sentimos y enunciamos la territorialidad crítica, porque asignar la categoría de regional a nuestra literatura es ponerla en emergencia y en un terreno resbaladizo.



Lo regional, para nosotros, estaría configurado por lo que se denomina transnacional, término entendido como el *habitar* un espacio generado por los procesos sociosemióticos que vuelven permeables los límites y muestran escenarios de relaciones *entre* culturas. En su concreción, nuestra pertenencia cultural regional compartida como zonas de contacto con parte de Paraguay y Brasil.

Por ello, en una primera instancia y en las primeras indagaciones, optamos por mantener el concepto de *provincia* desde la perspectiva foucaultiana, que en su devenir nos da muestra de los acontecimientos de este territorio; también fue una posición para analizar el espacio semiótico intercultural y fronterizo del que somos parte, desde y en el que enunciamos. Decidimos inscribir estas lecturas iniciales al margen de la cartografía de un lenguaje teórico que en la búsqueda de formalizaciones suficientes y generales no contenga ni conecte las contingencias de regiones, provincias y territorios.

Posteriormente, encontramos posibles caminos en un término con gran fuerza del colectivo de enunciación: el de *territorio*, territorios del lenguaje, autorales e interculturales. Las territorializaciones se desplazan de lo puramente jurídico y político para encontrar conexiones nuevas y posibles. Nuestro propósito, entonces, instala propuestas teóricas para leer las constelaciones semióticas fronterizas de esta territorialidad misionera no atada a necesidades de la teoría cultural sino en torno a las contingencias de las prácticas significantes, productos de las dinámicas interculturales.

En nuestro extenso peregrinaje instalamos las operaciones metadiscursivas porque nos otorgan la posibilidad de cuestionar y analizar la práctica crítica asumiendo un tópico interesante: la ubicación de uno mismo, la construcción de un yo crítico que no desconoce las propias contradicciones y dificultades que ello produce y que no encuentra una salida única; es, en todo caso, un perpetuo discurrir que inhibe la palabra automática de la reproducción de modelos, con el cuidadoso equilibrio de no alinearse en una crítica del resentimiento en el marco de las discusiones globales. Se trata de asumir un conocimiento situado, con un

pensar, sentir y actuar en relación con las historias divergentes y las culturas que se descentran. Esta condición nos define en una posición de críticos que no es la del peregrino, ni del viajero, ni del *paseante*, sino la de un jugador que conoce las reglas del juego, teje estrategias, propone miradas y postula orientaciones para dar cuenta de un estado de sociedad como lugar para la negociación de relaciones parecidas y diferentes, para las políticas lingüísticas y culturales.

Desde aquí, nuestro microrrelato nos orienta hacia un nuevo segmento que trama dos términos; el primero, en una arbitraria elección, es lo *híbrido*. Intentamos territorializar el concepto y usarlo en este contexto para escamotear las reducciones esencialistas, porque no se aspira a la sumatoria de identidades para alcanzar la síntesis, no es lo otro en lo uno, no hay un origen cultural único ni una síntesis última; los procesos de territorialización híbrida –entendida como un campo de fuerzas que combaten– suponen transacciones y negociaciones perpetuas que escapan a un solo denominador común porque cada segmento potencia nuevas constelaciones híbridas donde se articulan nuevas formaciones culturales. Desde esta orientación, nuestra operación crítica territorializa la interculturalidad, en el *entre*, o *en medio (in-between)*; el tercer espacio, cuyo desarrollo teórico pertenece a Bhabha, quien sostiene:

(...) Es este Tercer Espacio, aunque irrepresentable en sí mismo, el que constituye las condiciones discursivas de enunciación que aseguran que el sentido y los símbolos de la cultura no tienen unidad o fijeza primordiales; que incluso los mismos signos pueden ser apropiados, traducidos, rehistoricizados, y vueltos a leer. (Bhabha, 2002: 58)

Su acepción también válida de *entre varios* cobra significación: no es portador de un proceso lineal en las relaciones entre lenguas y culturas y tampoco aspira a resolver ni sintetizar las relaciones planteadas; en todo caso, ofrece la posibilidad de salir de un par binario de un yo y el otro o de *la o una* identidad como ideograma de la homogeneización nacional/continental violentando la existencia de sociedades diferentes y múltiples para configurar relaciones interculturales que se



dan y no sólo entre dos lenguas: porque los territorios de lenguas en contacto no son excepcionales sino que son parte del devenir misionero donde el español, las lenguas familiares de inmigración europea y las lenguas vecinales conviven en perpetua tensión, conflicto y negociación. Por tanto, lo *intercultural* otorga posibilidades enunciativas alternativas, ni mejores ni peores, sino diferentes; no es lo Uno y lo Otro, marcado por el gesto de la tolerancia que a la vez preanuncia el hacer evitable la interpelación y con ello promueve la indiferencia. Lo intercultural es la voz interior que es la voz del Otro en cada uno de nosotros; es la negociación y superación de lo Uno y lo Otro como dimensión constitutiva de los intercambios y diálogos culturales. La trama urdida en nuestras investigaciones orientó hacia diferentes modos de pensar y decir, un *locus* discursivo sostenido en una perspectiva de comprender al sujeto

(...) descentrado que pertenece a varios modos de organización al mismo tiempo. Ese 'otro' no es puramente exterior sino parte tan íntima del en sí que no es posible pensar éste sin aquél: está en los afectos, está en la acción, está en la presencia de los cuerpos. (Sanz Cabrerizo, 2008: 16)

Estos universos dialogan en las discursividades de la cotidianeidad fronteriza e intercultural (anécdotas, chistes, refranes, leyendas, giros) y alcanzan reelaboraciones y resignificaciones, modelizando el paisaje social.

A propósito de esto, nos permitimos una digresión que facilitaría nuestra intercomprensión de esta trama compleja de la que somos parte. Nuestra elección, como podrán advertir, se sostiene en la conjetura, en el despliegue abductivo de lo *intercultural*, y dejamos al margen el concepto *multicultural*. Lo dejamos porque entendemos que conlleva representaciones de la otredad como sumatoria de identidades aisladas pero no configuran el Nosotros; mientras que la *interculturalidad* teñida y pregnada de la hibridez teje sus significaciones y resignificaciones en urdimbres heterogéneas.

En relación con esta problemática y en consonancia con el habitar territorios, incorporamos aquí las palabras de Jesús Martín Barbero a pro-

pósito de lo que plantea en Colombia:

(...) la afirmación de la multiculturalidad es puramente un saludo a la bandera. Porque lo que hoy necesitamos no es afirmar las diferencias, sino ponerlas a convivir, poner a dialogar los relatos, ponerlos a dialogar, crear juntos, a hibridarse, no a disolverse, sino mezclarse, a enriquecerse, a cuestionarse. Ahí está lo difícil. (...) (Barbero, 2010: 105)

Finalmente, ante formas de un *continuum mobile* propias de la hibridez, de la frontera como pasaje, de un espacio ex céntrico, el cuerpo muestra gestos que la palabra transforma y que la comunidad consensua en el cotidiano hacer: las situaciones culturales complejas no siempre son reductibles a los proyectos y contornos nacionales, ofrecen por tanto, su propia cartografía. En ella, la región cultural se cuele por los intersticios de la *seguridad* para adentrarse en zonas de contacto, en donde los olores, los sabores, las costumbres y la lengua híbrida (de una hibridez que no escatima mezclas) adquieren un rostro que las declamaciones y los protocolos no llegan a contener.

En este itinerario recursivo emerge una constelación en la que se intersectan nociones como frontera, región, provincia, tradición, campo intelectual, crítica, instituciones culturales, autores. Por lo tanto, son ellas las claves para configurar el devenir de una literatura que abriga y sostiene las tramas territoriales y desde este concierto de voces deriva en el proyecto *Autores territoriales* (2006-2011). Es allí donde dimos cuerpo a proyectos literarios de escritores/autores que siguen siendo abordados actualmente, dado que la autoría y la función de autor nos permiten incursionar por aquello escrito, por lo dicho y lo no dicho, por los esbozos y recorridos de textos que se conjugan en una trama autoral otorgando vitalidad, sentido y significación.

La *función autor* puede pensarse en términos de una constelación de interrogantes de diversos órdenes, el *oficio* del escritor en el que juegan diversas facetas sentadas en una misma mesa: la vocación de escritor, cómo concibe el proceso de la escritura, cómo configura una estética y una poética en su escritura, cuáles son sus otros oficios, cómo asume un posicionamiento en el cam-



po cultural intelectual, cuáles son las estrategias. Cuando interrogamos acerca de la función autor podemos aprehender la complejidad de variables y dimensiones que ello implica, proponer conexiones rizomáticas múltiples y cambiantes sobre territorios de escritura en los que el juego de trazo y evocación están presentes.

El corpus –cuerpo– es una construcción social y cultural, sobre el cual cada sociedad elabora sus representaciones y sus múltiples saberes. Finalmente, el cuerpo deviene en cada época en la materialización de un conjunto de prácticas discursivas. Ese cuerpo individual o social es vivido y se lo mira a partir de una trama de discursos, que ponen en escena de manera diversa los avatares y las contingencias de *juegos de lenguaje* (Cfr. Wittgenstein) entendidos como la operación con signos en diversos contextos de acción. Es precisamente esta perspectiva dialógica la que nos interesa.

En una primera etapa este corpus devino como tal a partir de indicios que nos brindaron los proyectos anteriores, por ejemplo la recurrencia –aunque más bien podríamos hablar de repetición– de nombres que participaban en los grupos culturales desde la década del sesenta⁴: nombres instalados por la acción como interpretantes de un universo cultural. La identificación del nombre mantiene relación y se imbrica con el valor asignado en otras prácticas, en el entrecruzamiento de espacios sociales y, por lo tanto, en esa firma no hay puro gasto, el poner todo en el juego intelectual – literario, y encuentra un lugar de sentido al investirse de reconocimiento.

Estos trazos no responden a un criterio arbitrario sino que son producto de las relaciones establecidas con el estado de sociedad, el de consolidación de las instituciones políticas, económicas y educativas de la Provincia y, como dice Edward Said: “La cuestión es que los textos tienen modos de existencia que hasta en sus formas más sublimadas están siempre enredados con la circunstancia, el tiempo, el lugar y la sociedad; dicho brevemente, están en el mundo” (Said, 2004: 54).

Por ello, en un primer momento, se configuró un dossier con los textos de los proyectos autorales de Marcial Toledo⁵, Olga Zamboni, Raúl

Novau y Hugo W. Amable. En un segundo momento, el proyecto incorporó otras figuras que articulamos como voces fundadoras en la literatura territorial, desde la mirada de los viajeros y sus crónicas y diarios de viajes. Hoy, el cuerpo abrió orientaciones hacia otros proyectos autorales: el de Nicolás Capaccio, el de Vasco Baigorri, y la incipiente incorporación del proyecto Lucas Braulio Areco. Proyectos en los que cada uno de los investigadores territorializan su discurso crítico como quienes escuchan la voz de Bajtín, llamando a comprender e interpretar el signo en el espacio de cada enunciado, en la polémica de su propia lucha por la elaboración semiótica.

Posteriormente, y en consonancia con el avance de las distintas etapas y de los proyectos, se fue perfilando un devenir *Literatura territorial e intercultural*. Transitamos y actuamos en la frontera –de la literatura nacional, de la lengua oficial, del espacio geográfico, de los géneros, etc.–, razón por la cual incursionamos en la frontera.

Si la maraña nos conduce a interrogarnos sobre el sentido del término *frontera*, es conveniente insistir en que ésta es una dimensión con fuerte presencia en la literatura latinoamericana; por ello, intentaremos incorporar un recorrido conceptual a fin de despejar y delimitar el término, aunque siempre resulte provisional, como el juego de la figura y el cuerpo con sus ambigüedades que adquieren significación.

Histórica, sociológica y literariamente, desde los textos fundantes de nuestra literatura nacional, la frontera era concebida como la línea de separación del otro, es decir, un respecto a otro: musulmán respecto a cristiano, el Imperio en relación con la Colonia (o la Colonia en relación con el Imperio), el conquistador con referencia al conquistado, el blanco y el indio, la ciudad en relación con la metrópolis, la provincia en función de la capital. Esto construyó el paradigma de la modernidad donde el binarismo muestra la marcación de lazos y conflictos entre cada uno de los pares presentes y, además, acentúa la oposición y la dicotomía que profundiza la descalificación, antes que acentuar la diferencia como rasgo de distinción.

Si la frontera es mucho más que el límite entre estados, la concepción de Ludmer respecto a



que “la frontera no es sólo el límite de un estado, sino un instrumento conceptual particular: una zona inclusiva-exclusiva, una fisura que satura” (Ludmer, 1999: 143-144), nos introduce en tópicos que hablan de las redes de poder que se establecen y que instrumentan estrategias para mantener el péndulo en constante vaivén, entre un afuera-adentro, entre lo vacío y lo lleno, entre lo nacional y lo provinciano, entre lo central y lo periférico, entre el mercado editorial y el mercado artesanal y tantas otras relaciones que aparecen con una marca, un límite. Por su parte, Fernando Aínsa explica el concepto de *frontera* como “límite protector de diferencias y frontera como espacio de encuentro y transgresión” (Aínsa, 2002: 26.) y reconoce que a pesar de la carga simbólica que este término posee, él lo concibe desde dos perspectivas “aparentemente” antinómicas; esto es: “cómo la frontera protege las diferencias del territorio que enmarca y, al mismo tiempo, genera nuevas diferencias que no existirían sin ella” (Aínsa, 2002: 27).

La frontera reúne en sí esos dos aspectos, por eso hablamos de lo resbaladizo y de su marcada labilidad; sin embargo, es posible entenderlo en el contexto de lo enunciado por Iuri Lotman sobre frontera como un mecanismo de filtro, de traducción –zona generadora de sentidos– que actúa en un proceso infinito de movimientos constantes, con gradualidades y explosiones (Lotman, 1996: 28 y ss.). La semiosfera está compuesta por una compleja jerarquía de sistemas y constituye la vida cultural; en ella las diferencias promueven interacciones e influencias recíprocas.

Además, esta noción de *frontera*, asociada por Bajtín con la de diálogo, hace que el crítico deba ubicarse respecto de los espacios, los tiempos y los movimientos involucrados en las diferencias inherentes a la heterogeneidad cultural, el plurilingüismo o la heteroglosia.

La frontera responde a un dinamismo, a mutaciones culturales y a una labilidad que preludian la constante creación de un nuevo territorio como eje de un proceso de expansión. Tizón dice de ella:

Para mí, la frontera es, ante todo, misteriosa. Porque no es el país sino su límite y eso lo emparenta con lo extranjero, con otras culturas, con otras

formas de ver y de sentir. Por eso se la asocia con el intercambio pero, además, la frontera es muy significativa también como imagen del borde, de la cornisa. (Garzón, 1997)

Desde este lugar se puede concebir al territorio como el espacio en el que habitamos con los nuestros (la esfera, el lugar, el terreno, la cueva, el hogar), donde el recuerdo del antepasado y la evocación del futuro permiten referenciarlo como lugar con límites geográficos y simbólicos porque constituye una *esfera de acción posible*. El territorio es el lugar, es la locación de la que hay que apropiarse para, desde allí, hablar en público en tanto intelectual de acuerdo con las condiciones y distribución del trabajo en el campo literario e intelectual.

El devenir se activa, de acuerdo con Deleuze y Guattari (1990), como una manera de funcionar en determinado campo, no en función de la contraposición expuesta por los procedimientos de analogía, oposición o identidad, sino con líneas de fuga, por las líneas de desterritorialización. La escritura no es ya la impresión o expresión; ella se transforma en una maquinaria de combate que funciona en el contexto. Si para el escritor el devenir del territorio es el lenguaje, la máquina se pone en funcionamiento con proyectos literario intelectuales –los que integran el cuerpo-corpus– territorializando la(s) voz(ces) de un devenir menor.

Una última línea de fuga y al mismo tiempo de conexión en esta constelación creada, está orientada a la puesta en escena de los retazos y fragmentos narrados de lo vivido, porque traemos un avío de historias y memorias; sin embargo, la memoria no es pensada como instalación fija, única y cristalizada que indica su genealogía arborescente; por el contrario, es rizomática, es tránsito, es dialógica, intersubjetiva, es creadora.

Una vez realizado el recorrido que manifiesta, explícita e implícitamente, los temas, los modos y el estilo –con todos sus dispositivos de escritura– en que transcurrirán nuestras conversaciones y nuestros posibles consensos y diferencias sobre lo que en la actualidad se discute en congresos y eventos, nos parece oportuno ceder la palabra,



ofrecer el turno de habla al tratamiento de los aspectos que hasta aquí se han expuesto en forma provisional. Al mismo tiempo, enunciar que Retórica-Poética-Política constituyen una relación triádica territorializada en un cuerpo en el que se exhibe el pensar, el narrar, argumentar con reacentuación y modos de aproximación diversos: el universo de discursos, de lenguajes y de códigos culturales. El cuerpo no es homogéneo, muestra las tensiones y los deslizamientos; es el lugar de intersección, es una zona que deviene en lugar de intervención crítica que lo modela insistentemente. El cuerpo no es sólo de lo que se habla, sino cómo se habla, y al mismo tiempo delinea una escritura crítica como política de la escritura.

Bibliografía

- ACHUGAR, Hugo (1997): "Parnasos fundacionales, letra, nación y estado en el siglo XIX". En: *Revista Iberoamericana*. Vol. LXIII, Núms. 178-179, Enero-Junio 1997; 13-31.
- ACHUGAR, Hugo (2000): "Quién es Enjibras". Ponencia sobre los intelectuales y fin de siglo presentada en el VII Congreso del Centro de Estudios de Literaturas y Civilizaciones del Río de la Plata – CELCIRP. Universidad de Gotemburgo (Suecia). 20 al 22 de junio de 2000. Tipo de registro: toma de notas.
- AUGE, Marc (1996): *Los no lugares. Espacios para el anonimato*. Barcelona, Gedisa.
- BARBERO, Jesús M. (2010): "Interculturalidad". En AECID: *Las huellas de las hormigas*. México, Colegio de la Frontera Norte. Pp.104-127.
- BARCIA, Pedro Luis (2004): "Hacia un concepto de la Literatura regional". En Videla de Rivero, Gloria; Castellino, Marta: *Literatura de las regiones argentinas*. Mendoza. CELM/UnCu/CONICET. Pp. 25-45.
- BHABHA, Homi (2002): *El lugar de la cultura*. Bs. As. Manantial.
- CARDOSO DE OLIVEIRA, Roberto (2001): "Los (des)caminos de la identidad". En *Apuntes de Investigación del CECYP*. Año V, N° 7. Publicación del Centro de Estudios en Cultura y Política - Fundación Sur. Pp. 9-29.
- DELEUZE, G.; ROLNIK, S. (1996): *Micropolítica. Cartografía del deseo*. Madrid, Traficantes de Sueños.
- GARZÓN, Raquel (1997): "Entrevista de a Héctor Tizón". En *Suplemento Cultura y Nación* del diario Clarín. Agosto de 1999.
- LOTMAN, Juri (1996): *La semiosfera*, vol. I. Madrid, Edic. Cátedra.
- LUDMER, Josefina. (1999): *El cuerpo del delito*. Bs. As., Perfil.
- PARNET, Claire (1996): *El Abecedario de Gilles Deleuze*. En TV de Francia. Productor Pierre-André Boutang, Traducción: Raúl Sanchez Cedillo. http://caosmosis.acracia.net/wp-content/uploads/2007/02/abecedario_gilles_deleuze.rtf
- SAID, Edward (2004): *El mundo, el texto y el crítico*. Barcelona, Debate.
- SANZ CABRERIZO, Amelia (2008): "Interculturas/Transliteraturas". En *Interculturas/Trans literaturas*, Madrid, Arco Libros.
- VIDELA DE RIVERO, Gloria; CASTELLINO, Marta (2004): *Literatura de las Regiones argentinas*, Mendoza, UNCuyo.
- ZAVALA Iris (2005): "Bajtín y el acto ético: una lectura al reverso". En *Topos&Tropos N° 4*. Córdoba.



Notas

1 No compartimos el concepto de diversidad cultural, porque ella no da cuenta de las relaciones interculturales, de la mezcla de lenguas y culturas en contacto, del hibridismo y del mestizaje.

2 Pedro Luis Barcia integra el grupo de investigadores –nucleados en la Universidad de Cuyo– que trabaja la literatura de las regiones argentinas. Citamos a Barcia porque su nombre es portador de un universo académico que comparte esta posición y se disemina en toda la Academia argentina a través de cátedras de Literatura Argentina o Latino/Hispanoamericanas, con la excepción de grupos muy fuertes como el de Sarlo y Jitrik en Buenos Aires, el de Nicolás Rosa en Rosario y un sector de Córdoba. En general, el debate y la puesta en emergencia transitó por cátedras de Teoría Literaria, Panesi, Zubieta en Bs. As., Miguel Dalmaroni en La Plata, Alberto Giordano en Rosario, etc.

3 AIRA, César (1993): “Exotismo”. En *Boletín/3*. Rosario, Grupo de Estudio de Teoría Literaria - Universidad Nacional de Rosario. Pp. 73-79.

4 El antecedente al que hacemos mención es el *Álbum de las revistas literarias y culturales en Misiones*. Relevamiento y catalogación según criterios definidos desde el proyecto, digitalización y análisis. Todo ello está contenido en una edición electrónica (CD) y en breve estará disponible en la web: www.autoresterritoriales.com; hoy integra parte de la edición del E-book *Territorios literarios e interculturales. Investigaciones en torno a autores misioneros y sus archivos*. Posadas, 2015.

5 El archivo del proyecto literario intelectual de Marcial Toledo constituyó el puntapié inicial y es parte de la tesis doctoral (1997-2004) de la suscrita, presentado y defendido en 2005 en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC.

6 Iris Zavala, en “Bajtín y el acto ético: una lectura al reverso” (2005: 15), formula que: “La re-acentuación supone retomar la palabra en su coloquio anterior, y devolverle su responsabilidad. No se trata de evolución, ni de evolución histórica, ni un principio teleológico, ni un gran Otro que ocupe el cielo platónico. Tampoco de un canon inamovible, ni de unas interpretaciones inmutables. La historia literaria se transforma así en la doble historia individual y colectiva de algo inacabado (...) es estrictamente un acto creacionista: una especie de tachadura del texto reinante, creación de un nuevo texto mediante la lectura”.

